

alimento (1); y nos darás también una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame (2). Así sea, benigna y dulce Madre, así sea; que tu amor nos consuele y vivifique, y siempre respiremos en su atmósfera sagrada.

CAPÍTULO VI.

LAS MONTAÑAS DE JUDEA.

§ I.



A expectación de María.—Un momento contemplemos la grandeza de la Purísima Virgen, que ya es Madre de Dios.

El Eterno ha manifestado con mucho esplendor su grandeza; hállese rodeado de gloria y majestad, hase vestido la luz como un ropaje, y ha extendido los cielos como un pabellón (3). «Los cielos, Señor—decía David—cantarán tus maravillas y tu verdad, en la congregación de los santos. Porque, ¿quién hay en los cielos que pueda igualarse al Señor, y quién entre los hijos de Dios será semejante á Dios? Dios, que está

(1) Ps. LIV, 23.

(2) Luc., VI, 38.

(3) Ps. CIII, 1, 9.

lleno de gloria en medio de los santos, grande y terrible entre todos los que le rodean. Tú dominas el poder del mar y sosiegas el furor de sus olas. Tuyos son los cielos y la tierra. Tú fundaste el universo y cuanto él contiene. Tú creaste el aquilón y el mar; el Tabor y el Hermón harán resonar con alegría las glorias de tu nombre. Tu brazo está lleno de un poder supremo; tu mano ostentará su robustez, y tu diestra será ensalzada» (1).

¡Cuánta es la grandeza del Señor! Jamás el hombre la puede comprender; sin embargo, Dios inclinó los cielos y descendió, llevando niebla obscura bajo sus pies (2). Hé aquí el solemne momento en que el Espíritu Santo viene sobre María, y la virtud del Altísimo le hace sombra, y es constituida Madre de Dios. ¿Quién pudiera medir su elevación? Hállase vestida de gloria divina; lleva en su seno el más rico tesoro del cielo; es depositaria de los más altos secretos de Dios; tiene parte en la reconciliación del hombre: parece imposible que la criatura llegue á tan sublime grandeza; mas Dios es quien lleva de la mano y sostiene á nuestra Niña, allá en la cumbre de toda elevación; y á Dios nada es imposible. Es ya también María la mujer que rodeó al varón (3) fuerte, al caudillo de Israel, á quien llama su Hijo verdadero. ¿Es Éste, por ventura, un ángel? Es el Criador del ángel y del hombre; es

(1) Ps. LXXXVIII, 6-14.

(2) Idem XVII, 10.

(3) Hier., XXXI, 22.

Aquel á quien el Padre dice: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado»; y al introducirlo en el mundo, dijo á sus ángeles: «Adórenle todos los ángeles de Dios.» Mientras que al Hijo dice: «El trono tuyo ¡oh Dios! subsistirá por los siglos de los siglos; cetro de rectitud es el cetro de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso ¡oh Dios! el Dios y Padre tuyo te ungió con óleo de júbilo mucho más que á tus compañeros. Tú eres ¡oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas Tú permanecerás siempre el mismo, y todos como un vestido se han de envejecer. Siéntate á mi diestra hasta que ponga tus enemigos bajo tus pies. «Hé aquí al Hijo de María, y hé también aquí un misterio incomprensible á la razón humana; por esto el Angel había dicho á nuestra Niña: «La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra: «pues ¿quién entenderá jamás, quitando la Virgen sin mancilla, cómo la luz inaccesible del Señor ha penetrado las castísimas entrañas de la feliz doncella que escogió por Madre? Al realizarse misterio tan sublime, nada más la Augusta Trinidad se halla con María; y sola encuéntrase también María delante del Señor; por esto, Ella únicamente conoce el don que ha recibido, la inefable manera en que concibe por obra del Espíritu Divino la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, al Hijo del Eterno. El Angel mismo que mandó el Señor, siendo preguntado, tendría que responder: ¿Por qué preguntas lo que pronto sabrás por experiencia? Soy embajador del cielo y nada más: sólo Aquel que

entrará en tu seno podrá enseñarte; y sólo Tú, que vas á recibirle, comprenderás misterio tan profundo (1).

Al cumplirse tan gran sacramento en el seno de María, esta Niña, inflamada toda en el divino amor, dobla sus rodillas, y siente que ya es Madre; dale al Eterno humildes gracias por el inmenso don con que la enriquecía, y pide que la instruya para observar perfectamente los deberes que le incumben con el Hijo que lleva en sus entrañas. Instante aquel, lleno de gloria para el Padre que hace las bodas de su Hijo muy amado, el cual se une indisolublemente á la naturaleza humana; instante de gloria para el Hijo que nace en el seno de María, y también glorioso instante para el Divino Espíritu, que realiza la obra grande y singular de su amor para los hombres: instante para siempre bendito, en que nuestra tierna Niña es recibida por el Padre como una Hija muy amada sobre todas las demás; en que el Verbo del Señor la hace su Madre verdadera, y el Espíritu Santo, su Esposa Inmaculada. Comienza la reparación de los ángeles, la salud del mundo: el Hijo cumple la voluntad del Padre acerca de la redención, y saliendo de lo más elevado de los cielos para emprender su marcha de gigante, viene á encerrarse en el seno de una Virgen cuyo amor le ha cautivado. Se han oído los deseos y clamores de los patriarcas y profetas, que suspirando decían en otro tiempo: «Envía, oh Señor, el Cordero dominador de la tierra, desde la peña

(1) D. Bern., Hom. IV, sup. Miss.

del desierto al monte de la hija de Sión. ¡Oh cielos, derramad desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo: ábrase la tierra y brote al Salvador! ¡Oh, si rasgases los cielos y descendieras! A tu presencia se derretirían como cera los montes (1). Inclina esos tus cielos, y desciende á socorrernos; toca los montes, y se desharán en humo. Muéstranos tu rostro y seremos salvos» (2).

Hé aquí, entre otros motivos, por qué apenas el Verbo de Dios hubo descendido de los cielos, cuando su augusta Madre emprende el camino de las montañas y visita á su prima Isabel. Atraído el Señor por los ardientes suspiros de los hombres, viene desde luego al seno de aquella purísima Virgen, que más que ninguna otra criatura le había amado; pero no puede contenerse aquí: es necesario que el mundo entero lo vea, lo conozca, lo ame y reciba su gracia; no sólo esto: necesitase además que el mundo esté preparado, y por lo mismo, el precursor de Jesucristo debe saber primero que los otros hombres, que el Verbo de Dios se ha hecho carne y que llega ya la hora en la cual tenga que decir á los mortales el mismo precursor: «Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (3).

Lo dicho hasta aquí nos manifiesta que el viaje de la Santísima Virgen á las montañas de la Judea, está lleno de adorables y hermosos misterios

(1) Isa., XVI, 1. Idem XLV, 8.

(2) Ps. CXLIII, 5; LXXIX, 4. D. Bonav. De vit. Chris., c. IV.

(3) Joann., , 29.

que tratamos de penetrar con humildad y sencillez, y siempre confiando en Dios y María.

Por aquellos días partió María, y se fué apresuradamente á las montañas de Judea, á una ciudad de la tribu de Judá; y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Isabel (1). Acaba el Evangelio de referirnos la historia de la Anunciación, é inmediatamente nos habla del viaje de María: la consecuencia se halla colocada perfectamente en pos de su principio, y el que descendió del cielo por el bien de los mortales, desde luego tenía que procurar su salvación (2). No hay que perder un instante, pues todos son preciosos mientras dura la dispensación del misterio del Verbo encarnado, el cual contiene investigables riquezas (3). Por esto, también está escrito del Señor: «Ponle por nombre: Coge aprisa los despojos, apresúrate á coger la presa» (4). Y sobradas pruebas tenemos de que así lo hace Jesús con los hombres: su gracia los previene, los inclina y los sigue á todas partes, esperando el momento en que se rindan á su amor. Si ponemos la mano en nuestro propio corazón, y queremos darnos cuenta de los numerosos y variados acontecimientos que han pasado por nosotros, vamos descubriendo en todos ellos la mano del Señor, que nos llevaba por las sendas de la vida, y aun nos parece oír el eco de su voz dulcísima, que nos hablaba palabras de conversión

(1) Luc., I, 39, 40.

(2) Hieron., Com. in Matth.

(3) Ephes., III, 8, 9.

(4) Isa., VIII, 3.

y penitencia, pero siempre llenas de amor y de cariño: «¿No es Efraim para mí el hijo querido, el niño que yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado, le traigo siempre en la memoria: por eso se han conmovido por amor suyo mis entrañas..... Entrégate ¡oh Efraim! á las amarguras de la penitencia, convierte tu corazón hacia el recto camino por donde anduviste. Vuelve, ¡oh virgen de Israel! Vuelve, ¡oh pueblo mío! vuelve á tus ciudades. ¿Hasta cuando estarás estragándote en medio de los deleites? ¡Oh hija perdida!» (1). ¿A quién de nosotros han faltado, en la carrera de sus extravíos, esas amorosas y sentidas voces del Señor? Y ¿quién, asimismo, al comenzarla, no ha tenido grandes embarazos que separar con perversa y obstinada mano? Eran éstos las inspiraciones del Señor, sus terrores saludables y llenos de bondad: queremos dar un paso en las sendas del pecado, y el horizonte se ennegrece; nos rodea la obscuridad y podemos decir: Esperamos la luz, y nos hallamos con las tinieblas; la claridad del día, y caminamos á oscuras. Vamos palpando la pared como ciegos, y andamos á tientas como si no tuviéramos ojos: en medio del día tropezamos, como si estuviéramos en medio de la noche: estamos en lugares oscuros, como los muertos en los sepulcros (2). Más todavía: en esa noche se levanta horrible tempestad; nos llena de miedo el ronco trueno, y al lívido fulgor de los relámpagos descubrimos abismos tenebrosos y profundos. Sin embargo, en

(1) Hierem., XXXI, 20, 22.

(2) Isa., LIX, 9, 10.

medio de esa tremenda tempestad, existe Dios (1); Dios, que con una mano descarga el rayo, y con la otra cubre al hijo que intenta descarriarse, y le salva del peligro. Padres tendremos que nos amen mucho, pero ninguno jamás como el Señor: si caminamos, á todas partes camina con nosotros; si dormimos, vela nuestro sueño, y siempre le hallamos pronto á socorrernos; cuenta, sin que escape á sus miradas ni una sola, todas nuestras lágrimas, y sabe el peso de todos los dolores que sufrimos, y nos recuerda que es fiel y no ha de permitir jamás que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, sino que nos hará sacar provecho de la misma tentación (2). ¡Ah! ¿Cómo no derramar un momento nuestro amor á los pies de tal Padre, quedando el alma enajenada de ternura?..... Después de esto, ¡cuán incomprensible nos parece el olvido de Dios en el mundo! Y sin embargo, ¿no somos nosotros, desgraciadamente, los que vivimos de continuo en su pesada y triste atmósfera? Mas la conducta del Señor que venimos admirando, nos obliga á exclamar: ¡Cuán bueno es nuestro Dios! ¡Cuán bueno es! Siempre nos busca con su gracia, siempre nos llama con su amor.

Nada, pues, tiene de extraño que, apenas consumado el gran misterio de la Encarnación del divino Verbo, Su Majestad inspirase á nuestra Niña el viaje á las montañas de Judea: iban á derramarse las primicias de la reparación que Jesucristo traía al mundo en el hijo de Isabel. Y el

(1) Ps. XLIX, 3.

(2) I Cor., x, 13.

ardiente deseo que tiene Jesús de comenzar la obra que su Padre le ha encomendado, nos explica la presteza y diligencia con que María viene á visitar á su parienta: la gracia del Señor ignora la tardanza (1).

Detengamos nuestros ojos en María. Esta Niña, llena del Espíritu Santo, rebotando su alma el gozo espiritual, la dulzura y el fervor de una devoción pura y ardiente (2), ha sabido por el Ángel las celestiales bendiciones con que Dios había enriquecido á Isabel: ¿cómo la felicidad de ésta pudiera ser indiferente á la purísima Virgen? Los santos se gozan de los beneficios que el Señor concede á los demás, cual si fueran propios; porque saben estimar de preferencia aquella ternísima bondad de donde vienen, á sus intereses personales: por esto se visitan y elevan al Señor sus cánticos de gloria y alabanza, confundidos y envueltos en la misma nube de oloroso incienso, y se prestan mutuamente los obsequios de la más afectuosa caridad (3). Iba, pues, María, en el viaje que emprendió, á glorificar á Dios, á oír de otros labios las magnificencias del Eterno: y ¿qué pensamiento podía tener lugar en el alma sin mancha de nuestra Niña, en ese alma que tanto ama al Señor, como el pensamiento de que hablamos? El amor no cabe ya en su pecho; por esto busca con quien pueda desahogarse. Pensando en esto, acaso nos parezca débil la expresión del Evangelio: «Fué

(1) D. Ambros., hic. D. Bern. in Trac.: Ecce nos reliquimus.

(2) Carthus., hic.

(3) Rupert. In cant., lib. I.

María apresuradamente á la montaña.» ¿Por qué causa no decimos más bien que iba volando sobre las alas de los vientos? ¿Por ventura el ímpetu del divino amor, no es un ímpetu de fuego, y no son también de fuego las alas con que vuela? (1). Sin embargo, nunca á nuestra Niña, ni en sus más sublimes elevaciones, deja de acompañarla la humildad (2). Hé aquí por qué se nos dice que Ella se levantaba para ir á la montaña. Aquí ha de descubrir los prodigios de su incomparable humildad: ciertamente, será engrandecida y bendita sobre todas las mujeres; mas Ella no ha venido á ser obsequiada y atendida, sino á servir á su prima, cual si quisiese ir delante de su Hijo en el camino de la humillación (3). Con todo, no escuchará sino elogios y santas bendiciones, porque el Señor glorifica á los humildes; y ¿quién más humilde que María? (4). Es necesario que la gloria del Señor la inunde y rodee por todas partes. ¡Oh, cuán hermosos son los pies de aquel que sobre los montes de Israel anuncia y predica la paz! De aquel que anuncia la buena nueva, de aquel que pregona la salud y dice á Sión: «Reinará luego el Dios tuyo» (5).

Así había cantado ya un profeta; mas ¿qué diremos nosotros al contemplar, no á los que anuncian la paz y predicán la buena nueva, sino á la

(1) Cant., VIII, 6. Trad. Symmach, et sep.

(2) D. Bern., Serm. De Nat. B. V.

(3) Beda, Hom. In Visit. D. Bern., cit.

(4) Euthym., hic.

(5) Isa., LII, 7.

Purísima Virgen que lleva en su seno al Autor de la paz y la dicha del mundo? ¡Con qué gracia andan los pies de la Niña, que sube los montes llevando consigo al Rey de los siglos! Que el Señor la bendiga y los hombres la colmen de elogios. Entró María en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Y lo mismo fué oír Isabel la salutación de María, que el niño dió saltos de placer en su vientre; é Isabel se sintió llena del Espíritu Santo; y exclamando en alta voz, dijo: «Bendita Tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á visitarme? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de placer la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada Tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor». ¡Cuántas maravillas y grandezas nos dejan contemplar estas palabras del Evangelio! Apenas suena la dulce y apacible voz de María, y el gozo más puro inunda el corazón de quien la escucha, la gracia del Señor se comunica al niño Juan, y el Espíritu Santo llena el alma de Isabel. ¿Es acaso nuestra Niña solamente una criatura? Sí lo es; pero la primera y más grande de todas, y lleva en su vientre al Criador: tan sólo de esta manera podemos explicarnos los prodigios que se realizan cuando habla, porque su voz es el órgano del Espíritu Divino (1). Y si nosotros la hemos escuchado en el fondo de nuestra alma, ¿no seremos asimismo un vivo testimonio de esta ver-

(1) D. Bon., Medit., c. v.

dad? ¿Cuándo el mortal ha quedado envuelto en la tristeza ó no recibe el aura de la vida, si María le dirige una palabra, ó por lo menos, si él llega á pronunciar su nombre? (1). ¡Con cuánta verdad nos dice la Purísima Virgen: «¡Feliz el hombre que me escucha!» (2). Y ¿por qué? Porque sus palabras dan la vida, y la gracia está derramada en sus labios (3). Su salutación no revela únicamente el deseo del bienestar y la dicha de aquel á quien se le dirige; comunica, además, todas las gracias que consigo lleva (4). Y aquí descubrimos un doble carácter de su tierno amor para con nosotros: como á Isabel, se anticipa á saludarnos: ¿no es María, en efecto, aquella hermosa Niña de quien se halla escrito: «Se anticipa á los que la codician, poniéndoseles delante Ella misma»? (5). Y ¿no somos nosotros los que una y otra vez, y cien veces más, nos hemos visto prevenidos por sus dulces atractivos? Olvidamos su amor y entramos á servir al mundo; y María viene á buscarnos aquí mismo, cuando menos pensábamos en Ella. Mas sin embargo de ser esto un prodigio de ternura, es muy natural en nuestra Niña: nunca una madre se olvida de sus hijos, ni tiene consuelo si los ve ausentarse de su lado. Apenas Tobías, el joven, partió para Ragés, cuando su madre comenzó á llorar, y sentíase débil sin el báculo de su vejez; y

(1) D. Bern., Hom. I, sup. Miss.

(2) Prov., VIII, 34.

(3) Ps. XLIX, 3.

(4) Barberiis., hic, n. 133.

(5) Sap., VI, 44.

pasado que hubo el tiempo en que debía volver el hijo, y no volvía, ella exclamaba, también llorando: «¡Ay de mí; ay, hijo mío! ¿Para qué te hemos enviado á lejanas tierras, luz de nuestros ojos, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Teniendo en ti solo juntas todas las cosas, no debíanos alejarte de nosotros.» Ella no admitía ningún consuelo; mas saliendo cada día fuera, miraba hacia todas partes, é iba recorriendo todos los caminos por donde se esperaba que podía volver, á fin de verlo venir, si posible fuese, desde lejos (1). Estas palabras y la conducta de Ana, prueban que la ausencia no disminuye, mas al contrario, aumenta y aviva incalculablemente la ternura de una madre; pero todo esto, ¿qué viene á ser, comparado con la ternura que María nos tiene? Por más que sea puro y se eleve hasta los cielos el amor de la que nos llevó en su seno, jamás podrá igualar al amor de nuestra Niña: aquél es un árbol cuya raíz está en la tierra; es el de María un fuego que baja de lo alto. El primer hombre, dícenos San Pablo, es terreno, formado de la tierra; y el segundo hombre es celestial, que viene del cielo (2). Añadamos que si la madre de Tobías no podía marchar en busca del hijo que se hallaba ausente, María no tiene impedimento para hacerlo con nosotros: excusado es el preguntar si así lo hará. Sí, por todos los caminos de la vida marcha en busca de nosotros, y á todas horas oímos palabras semejantes á las que salieron de

(1) Tob., V, 23; X, 3. Veith., hic, 7.

(2) I Cor., xv, 47.

los labios de Ana: «¡Ay, hijo mío!....» ¿La oís? Es la voz de una Madre que nos ama y jamás puede olvidarnos; que nos va siguiendo hasta que llega á descubrirnos, y que puede volvernos á sus brazos. Mas si en María es natural amor tan señalado, ¿no lo será en nosotros el llorar, pegando nuestra frente con el polvo, porque somos muy indignos de llamar sus atenciones? Job, contemplando su miseria, decía al Señor: «¿Tú te dignas abrir tus ojos sobre semejante sér?» (1). ¿No pudiéramos, con énfasis profunda, preguntar lo mismo á nuestra Reina? ¿Cómo puede María, no ya fijar solamente sus ojos en nosotros, si que también irnos buscando, llamarnos, y abrirnos sus brazos amorosamente? Y sin embargo, así lo hace, porque lleva un corazón de madre. ¡Cuánto consuelo siente el hombre en su desgracia, al contemplar que ésta, aunque le oprima con terrible peso, no puede ocultarnos á los ojos de María, ni menos llegar á impedir que nos socorra y llene de los santos consuelos de su amor! Estos sentimientos de humildad y de confianza que nos inspiran la grandeza y ternura de María, nos dan seguridad y paz dulcísima; porque Dios vivifica el espíritu de los humildes (2), y la esperanza de éstos no queda confundida (3); pues el Señor ha dicho: «Humíllate y espera de su mano el amparo» (4).

(1) XIV, 1, 3.

(2) Isa., LVII, 15.

(3) Rom., v, 5; Barber., hic.

(4) Eccl., XIII, 9; D. Bonav. in Luc., XIV, 9.

Y también: «Feliz el hombre que tiene puesta en el Señor su confianza, y cuya esperanza es el Señor. Será como el árbol trasplantado junto á las corrientes de las aguas, el cual extiende hacia la humedad sus raíces, y así no temerá cuando venga el estío. Y estarán siempre verdes sus hojas; ni le hará mella la sequía, ni jamás dejará de producir fruto» (1).

Permanezcamos un momento á los pies de nuestra Niña, contemplando su grandeza y su clemencia; porque aquella no aterra ni deslumbra, y ésta nos cautiva y arrebatada: es muy suave la luz que se desprende de su trono: si sus labios callan, sus miradas nos hablan dulcísimas palabras de consuelo; ¿cómo no exclamar gozosos: Bendita Tú entre las mujeres? ¿Quién se ha sentado en trono tan glorioso y refulgente? ¿Cuál otra criatura ha recibido del Señor tan santa y espléndida belleza? ¿Qué corazón, después del de Jesús, atesoró jamás todas las riquezas del amor y la ternura, como el corazón inmaculado de María? Y el desgraciado, ¿no tendrá en Ella su confianza, ó pudieran sus ojos no llorar de amor, al contemplar su rostro? ¡Ah! Que nadie ignora lo que María nos ama, y cuánto puede cerca del Señor; y el hombre no lleva un corazón tan duro, que, herido como en otro tiempo la peña del desierto, no brote, cual torrente, un río de lágrimas. Veneración profunda, confianza ilimitada, incomparable amor: hé aquí lo que nos causa el gozo más ardiente y puro, y la paz de Dios, que sobrepuja á

(1) Hierem., XVII, 7, 8.

todo entendimiento (1). Por ventura, ¿no tenemos con nosotros el reino del Señor, reino que no consiste en el comer y en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo? (2).

Sin querer hemos hablado del segundo carácter del amor de nuestra querida Niña: el gozo en el Espíritu Santo; porque ¿cómo no engolfarse en las más puras delicias el hombre que consagra su cariño á la Madre del Señor? Ella es tan hermosa y santa y tan llena de bondad, que ni los ojos han visto, ni el oído ha escuchado nunca, ni el corazón ha podido hallar en otra parte la belleza y ternura con que Dios enriqueció el alma de María. El gozo que causa en el alma el amor de nuestra tierna Virgen es un gozo que llena de vigor y fortaleza, eleva y purifica, alumbra con su luz la inteligencia, y semejante á las aguas que vuelven á su propio manantial, inunda sin cesar el corazón en sus delicias. ¿Quién jamás se cansará de pensar en esta Reina incomparable? Un mismo pensamiento nos consuela y cien veces nos vuelve á consolar; lo hallamos siempre nuevo y brillando eternamente con vivo y hermoso resplandor; descubrimos bellezas que jamás habíamos contemplado; es que sus tesoros son inagotables (3): veamos, si no, el que actualmente nos ocupa: el gozo en el amor de nuestra Madre: él es un río de bendición que va entrando en el alma, y del cual está escrito: «Un río caudaloso alegra la ciu-

(1) Phil., IV, 7.

(2) Rom., XIV, 17.

(3) Isa., II, 7.